

Los puentes de *Vallis Fontium*

Apolodoro acababa de llegar a *Hispania*. Acostumbrado a largos viajes a caballo, este le había resultado especialmente agotador, aunque el objetivo del mismo hacía que cualquier sufrimiento quedara relegado a un segundo plano.

Apolodoro era arquitecto, pero no un arquitecto cualquiera, no. Se trataba de uno de los mejores que nunca hubiera conocido el Imperio Romano.

De sus muchas obras, fueron dos las que le valieron la fama y el favor de sendos emperadores a los que sirvió. La primera fue el encargo de las obras de remodelación del Anfiteatro Flavio, bajo el mandato del emperador Domiciano. Domiciano, ese emperador despiadado y temido por todos, bajo el que pesó la orden de *Damnatio Memoriae* tras su muerte. Pocos fueron los emperadores que ostentaron tan dudoso título otorgado por el Senado de Roma. Un título que condenaba su memoria al olvido, eliminando en lo posible el rastro de su paso por el mundo y por el Imperio. Trabajar con Domiciano le confirió a Apolodoro su mayor virtud: la prudencia. Si algo se le quedó grabado a fuego en su cerebro durante aquellos años fue no llevar jamás la contraria a los altos mandatarios de Roma, y mucho menos a su gran emperador. Se cuidaba mucho de expresar en voz alta cualquier opinión que sospechara desencadenante de su ira, y aunque se sentía seguro dada la importancia de su trabajo, sabía que la suerte no debía ser tentada. Esta prudencia entraba en conflicto interno con su peor enemigo: la soberbia de saberse el mejor arquitecto de su época. Y por suerte y gran alivio para Apolodoro, la *Damnatio Memoriae* no alcanzó al anfiteatro Flavio, cuya demolición fue finalmente suspendida. No habría podido soportarlo.

Su segundo gran logro fue el gran puente sobre el Danubio construido, esta vez, bajo el reinado del emperador Trajano. Trajano, el primer emperador de origen hispano, que pese a que nadie apostaba por él en sus comienzos, resultó ser uno de los más grandes conquistadores que se sentara jamás en el trono imperial de Roma. Su carrera militar estuvo plagada de grandes conquistas, un *cursus honorum* solo comparable con el que consiguió el gran Julio César, gran inspirador de la estrategia militar de Trajano.

Apolodoro era griego de nacimiento y romano de adopción. Tras una larga vida al servicio de Roma había llegado la hora de disfrutar de un merecido descanso en alguna de las provincias más tranquilas y alejadas del imperio. Durante los años bajo el mandato de Trajano había aprendido a amar las tierras hispanas, a raíz de las historias que éste le narraba entre contienda y contienda.

Tres eran las provincias romanas en *Hispania*: *Tarraconensis*, *Lusitania* y *Baética*. Y muy cerca de la frontera entre estas dos últimas se encontraba el destino final de Apolodoro.

No era la primera vez que viajaba con un salvoconducto imperial, lo que ciertamente le abría las puertas de cualquier frontera. Tampoco era la primera que lo hacía rodeado de legionarios o miembros de la guardia pretoriana: en concreto viajaba protegido por una *turmae* para su escolta personal, treinta de los mejores jinetes de la caballería romana al mando del *decurión* Salvino, con quien tuvo la oportunidad de entablar una gran amistad durante el viaje. A la llegada a su destino, según las instrucciones acordadas, dispondría de una *cohorte* completa para completar el trabajo asignado por el emperador. Una *cohorte* con sus cinco *centurias* y sus cinco *centuriones*, todos ellos con la orden de servir a Apolodoro y trabajar en la consecución de su cometido.

Había solicitado su retiro en una de las regiones más cálidas de *Hispania*, una tierra que aunque lejos de su Grecia natal, ofrecía las bondades de un clima agradable y una dieta variada. Pero en la concesión de ese último deseo se encerraba también una última misión: se trataba de reparar una de las calzadas que aseguraba los suministros al oeste del imperio, en la ruta desde *Toletum* hasta la ciudad de *Emerita Augusta*. Varios de sus puentes habían sufrido desperfectos a causa de crecidas incontroladas de los ríos que cruzaban su trazado y los retrasos sufridos por las caravanas de abastecimiento desde Roma eran notorios. Lo mismo ocurría con el envío de piedra desde una de las canteras más productivas de *Hispania* hacia el centro del imperio. Todo esto había provocado que el gobernador de una de las zonas afectadas elevara su solicitud al Senado.

El gobernador de *Vallis Fontium* salió al encuentro de Apolodoro y su escolta, con una enorme sonrisa iluminando su rostro: por fin su petición se vería satisfecha. Había recibido notificación de la proximidad de la comitiva hacía unas horas, gracias a la llegada de un mensajero y los preparativos para el recibimiento estaban más que listos. Tras los saludos de rigor, condujo a Apolodoro y a Silvino a las termas para un baño que eliminara el polvo del camino. A continuación ambos fueron invitados en la *domus* del gobernador a una copiosa cena, que consiguió que se olvidaran de las comidas frugales y poco elaboradas durante las semanas que duró el viaje.

Al día siguiente Apolodoro ya se encontraba en disposición de acometer su encargo: cuanto antes comenzara, antes podría disfrutar de su ansiado descanso. Tras una primera

jornada de reconocimiento concluyó que la calzada tenía tres puntos conflictivos, que no eran otros que los tres pasos sobre los de ríos: habría que construir tres nuevos puentes.

El primero de ellos no parecía complicado: la distancia entre las dos riberas era de aproximadamente treinta pies y aún sumándole la previsión de las crecidas del río no se superarían los cuarenta. Con un pilar central y dos arcos bastaría. En su inspección tomó nota mental de que en la orilla oeste había un pequeño berrocal, lo que constituiría un apoyo natural para el puente.

En el segundo le preocupó la falta de consistencia del terreno. La grava y el limo de la orilla lo convertían en una superficie con poca cohesión, no le extrañó que el anterior puente hubiera cedido con la fuerza de arrastre de las aguas. Observó con detenimiento los restos de los antiguos pilares y concluyó que debía trabajar con especial cuidado en sus cimientos, sería preciso reforzar el piso para afianzar sus bases. Y no estaría de más añadir un tajamar, al menos al pilar central para cortar el agua de la corriente. Aunque en ese tramo el cauce del río era ligeramente más ancho que en el anterior, no por ello llevaba menos fuerza. Sin disponer en ese momento de su equipo de medición aproximó el largo total del puente a unos sesenta pies y concluyó que serían necesarios también dos arcos. Cuando realizara los cálculos exactos comprobaría si su primer pensamiento se veía confirmado y podía prescindir de un tercer arco. El encarecimiento del proyecto no le preocupaba, pero sí el tiempo de ejecución. Cuanto más tardara, más retrasaría su retiro.

Realizó otra anotación en su hoja de reconocimiento: en sendos puentes la distancia entre los pilares, a falta nuevamente de cálculos más meticulosos, no era demasiada y se podría construir la calzada con sillares de piedra. La relación entre peso y distancia parecía salvable a simple vista, pero aún así la experiencia le dictaba que todo eran conjeturas y suposiciones, hasta completar el proceso de análisis. Los números no mentían, y solo ellos eran capaces de decidir qué era o no posible.

La tarde tocaba a su fin, por lo que comunicó a sus hombres la decisión de posponer la visita al tercero de los puentes para el día siguiente. A su regreso a Vallis Fontinum le esperaba el gobernador, tan solícito como el día anterior, pero Apolodoro declinó su invitación de compartir la cena con su familia. Apolodoro se percató de la cara de decepción del gobernador, por lo que se despidió con la promesa de asistir a su *domus* al día siguiente en compañía de Salvino. Junto a este último se encaminó al alojamiento que había conseguido gracias a su salvoconducto imperial y tras una breve cena en su compañía se dirigió a sus aposentos. La jornada había sido intensa y estaba deseando

retirarse a descansar, mas quería poner por escrito algunas de sus impresiones y reflexiones del día antes de que el sueño controlara su voluntad. Pero Morfeo tenía otros planes esa noche y no bien acababa de sentarse en su mesa de trabajo el agotamiento lo venció y, allí mismo, recostado sobre un plano a medio esbozar, se desataron unos sueños inquietos.

Soñó con piedra, madera y fuego. Se encontraba junto a un río caudaloso de aguas oscuras y desde allí vislumbraba dos grandes incendios. El primero en la orilla opuesta, un edificio circular e inusualmente alto ardía pasto de las llamas. El segundo incendio se encontraba sobre las mismas aguas del río y tardó un tiempo en reconocerlo. Era el puente que construyera para Trajano, el puente cuya calzada hubo de construir de madera para satisfacer los plazos de las campañas militares del emperador, el puente de más de quince pilares de piedra al que dedicó casi tres años de su vida. Su gran obra sobre el Danubio estaba en llamas.

No viviría Apolodoro para conocer que su pesadilla resultó premonitoria. Años después de la muerte de Trajano, su sucesor Adriano mandó quemar el puente sobre el Danubio para evitar el cruce del río por los pueblos Dacio, Sárмата y Roxolano en un penoso intento de proteger las fronteras al este del imperio.

Apolodoro se sintió aturdido al despertar, apenas recordaba el sueño y le dolían todas las extremidades. Pero una idea se había formado clara en su cabeza: nada de utilizar madera, construiría los puentes de piedra en su totalidad. Ese mismo día, tras la visita al emplazamiento del tercer puente de Vallis Fontium se desplazaría hasta la cantera para ir organizando los trabajos de extracción, selección y tallado de las piedras.

Silvano se le unió en el desayuno, consistente en tortas de trigo con miel, un trozo de queso y uvas. Recibió instrucciones de localizar a todos los canteros disponibles en la región, así como a sus aprendices. Si no había al menos dos aprendices con cada maestro tenía permiso para contratar el número suficiente. No quería que el suministro de materia prima ralentizara las obras, y ya sabían ambos que el dinero no suponía un problema.

En menos de una hora se encontraba ya Apolodoro inmerso en la inspección del tercero de los puntos de la calzada a reparar. El entorno era espectacular. Al fondo se divisaba una elevación con una imponente fortaleza. Esa noche le preguntaría al gobernador sobre la posibilidad de visitarla. Apartó rápidamente este pensamiento para no distraerse y se concentró en las riberas. Además del río tendría que salvar la diferencia

de desnivel entre ambas orillas. Este puente sería más grande que los anteriores, al menos cuatro arcos, o quizá fuera más equilibrada la construcción de un arco central más grande y dos a cada lado cuyo tamaño fuera disminuyendo. Sí, así sería, un puente simétrico y equilibrado en perfecta armonía con el entorno. Casi podía verlo, con la montaña y su fortaleza de fondo constituiría un enclave perfecto, digno de ser inmortalizado por alguno de los artistas que empezaban a surgir por todo el imperio.

Decidió tomarse el resto de la mañana para sí mismo, caminando por los campos y poniendo en orden sus ideas. Siempre le gustaba dar un largo paseo antes de sentarse en su mesa ante lo que sabía que sería un trabajo intenso y exigente para el que era necesaria una buena concentración. Andar hacía que su mente se fuera despejando de todo lo accesorio antes de centrarse en la tarea que le esperaba: el diseño de los bocetos, el despiece de los pilares y arcos y, lo más importante, los cálculos de distancias, medidas y resistencias.

Sus pasos le fueron llevando hacia su alojamiento, donde dio orden a uno de sus asistentes de servirle el almuerzo en sus aposentos. La misma indicación dio para la cena llegado el momento, pues no pensaba salir de allí hasta haber terminado. Reflexionó, pensó, dibujó, esbozó, calculó, hizo, deshizo, diseñó, borró, creó, destruyó, ... y en definitiva trabajó sin descanso durante horas. No era la primera vez que se privaba del sueño sumido en su labor y seguramente tampoco sería la última. Siempre ocurre así con los genios, una vez ponen en marcha los engranajes y la maquinaria de su mente solo el agotamiento extremo puede detenerlos. Y Apolodoro era un genio. El día acabó y dio paso a la noche, la noche al alba y el alba al cenit. Una punzada en su estómago le recordó que no había comido en las últimas horas, pero eso tampoco lo detuvo. Se limitó a solicitar algo de pan y queso para no detener su proceso creativo. Después de día y medio de trabajo sin descanso se levantó de la silla, contempló su trabajo y sonrió satisfecho. Era hora de irse a dormir.

Al día siguiente amaneció soleado y con pequeñas nubes en el horizonte que no parecían amenaza de lluvia. Ya le habían comentado que en esa región de *Hispania* las lluvias no eran muy abundantes, salvo en los meses posteriores al verano. En una primera reflexión sobre el tema pensó en posponer el inicio de las obras hasta la finalización de la temporada de agua, así podría observar las crecidas de los ríos y ajustar algún cálculo si fuera necesario. Pero aún faltaba casi mes y medio para concluir la primavera. Sumándole los meses de verano, las lluvias, la dificultad de trabajar en invierno con los terrenos endurecidos por el frío, ... habría que esperar hasta la llegada de

una nueva primavera. Y el tiempo era justo lo que no le sobraba a Apolodoro. Si todo iba según lo previsto, antes de finalizar la época estival sus puentes, y por tanto su calzada, estarían más que dispuestos. Sí, estaba decidido, lo razonable sería empezar los trabajos inmediatamente.

Dirigió sus pasos hacia las caballerizas y ordenó que ensillaran su caballo. La distancia a la cantera no era demasiada, apenas cinco millas, y aunque la idea de un largo paseo le resultó tentadora, su lado racional, siempre preocupado por el tiempo, le decía que era más acertado realizar ese desplazamiento cabalgando. Quería personarse en la cantera para asegurarse directamente que allí estaba todo perfectamente organizado. No es que no se fiara de Silvano, pero prefería supervisar él mismo lo que consideraba una de las piezas claves de todo el proceso. Ya en el pasado hubo de paralizar alguna construcción por falta de suministro de piedra y no estaba dispuesto a volver a pasar de nuevo por esa experiencia. Cuando algo excedía a su control le provocaba un estado de ansiedad difícil de controlar, por eso su obsesión con la supervisión de trabajos que otros arquitectos preferían delegar. Apolodoro era distinto a otros arquitectos.

A su llegada le recibió el que dedujo sería el encargado, pues era a quien todos parecían respetar y obedecer. El yacimiento presentaba una forma escalonada, similar a la que había observado anteriormente en otras canteras. Las hendiduras que mostraban los bloques de piedra ya extraídos, le confirmaron que el método de extracción utilizado en esa parte del imperio no distaba del empleado en el norte o en el este del imperio. El procedimiento se iniciaba con cortes o canales poco profundos en la dirección deseada. Al llegar a la parte de la piedra no expuesta a la erosión se introducían en la ranura los punzones para abrir agujeros más grandes en los que introducir las cuñas. Con fuerza, paciencia y precisión se golpeaban estas cuñas con el mazo hasta que la piedra cedía y el bloque se desgajaba separándose de la pared. Cuando se terminaba con una fila completa se continuaba con el siguiente nivel, de ahí la forma de escalera que recordaba las gradas de un gran anfiteatro.

Varios aprendices trabajaban en el pulido de los bloques bajo la supervisión de los maestros. Se trataba principalmente de eliminar los salientes, lo que resultaba una parte fácil del proceso en la que se requerían menos fuerza y destreza. Mucho más complicado era el posterior tallado del bloque en piedras más pequeñas, un auténtico trabajo de precisión. Este punto era clave para obtener las piezas del tamaño exacto y la forma concreta necesaria para la construcción, por eso el manejo de los escoplos en esta fase

estaba restringido únicamente a los maestros. Tras el tallado, nuevamente esperaban los aprendices para el acabado definitivo de las piedras pequeñas utilizando arena de pulido.

Apolodoro entregó sus planos y bocetos al encargado, y tras una intensa negociación de plazos y salarios concluyeron que la recepción del primer cargamento estaría disponible en el primer puente antes de la siguiente luna llena. Apolodoro sonrió ampliamente, la mañana había sido provechosa.

Por fin llegó el gran día. Todo estaba preparado para la visita del emperador, que quedaría impresionado por la rapidez con que Apolodoro había efectuado su encargo. Y no solo por la rapidez, estaba seguro que también se recrearía en la belleza de sus construcciones.

Apolodoro se había levantado antes del alba y había ordenado ensillar su caballo. Quería volver a visitar los tres puentes antes del inicio de los acontecimientos del día. Sus tres puentes... Llegó al último de ellos, el más grande, el más sólido, el más equilibrado, con la montaña y la fortaleza al fondo: su favorito. Descabalgó y con las riendas de su montura en la mano lo recorrió una vez más, y una vez más volvió a repetirse a sí mismo: *“Estos puentes durarán más de mil años”*.

